

Escúchame bien, querida nieta, porque la historia es tozuda y nos enseña muchas cosas. Has de saber, por ejemplo, que el mundo en el que yo crecí era distinto al tuyo, más simple, sí, más descifrable, pero nosotros también teníamos motivos para la queja. Protestábamos, con flores en el pelo y el estómago en llamas. Protestábamos contra la guerra de Vietnam, contra las desigualdades entre hombres y mujeres, contra la segregación de razas. Yo era tan joven que no conocía el insomnio, ni el dolor de huesos al amanecer, ni el vacío de las promesas que nunca se cumplen. Estaba convencida de poder cambiar el horizonte. Tenía los colmillos sedientos, las uñas afiladas, la inocencia de quien cree que la justicia está allí, al final del camino, esperando, paciente. Me convertí en carne de manifestación. Al principio no era sino una figura borrosa en mitad de la masa, pero lentamente, sin apenas percatarme, fui aproximándome al enemigo, hasta que una tarde, tras una carga de la policía, me fue imposible dar la media vuelta para escapar. Me detuvieron y me acusaron de haber golpeado a un oficial con un adoquín. Han pasado tantos años que ya no recuerdo si lo hice o no, aunque puede que sí, puede que fuera verdad. En aquella época yo no era yo o, mejor dicho, yo era ese yo salvaje y libre que todos debemos ser antes de que la madurez te ponga verdaderamente a prueba y te obligue a aceptar o no todos sus peajes. Mi abogado me dijo que tenía bastantes posibilidades de acabar en la cárcel, y sentí entonces que toda mi furia, que toda mi valentía no eran más que simples imposturas. Renuncié a esa versión de mí misma (quizá la más limpia que jamás tuve), agaché la cabeza y llamé a tu bisabuelo, con quien no me hablaba demasiado, para suplicarle auxilio. Él era uno de esos tipos, de los que se reúnen en despachos con mesas de caoba, y mueven hilos invisibles para los demás mortales. Nunca supe a ciencia cierta a qué se dedicaba, ni si era tan importante cómo yo creía. Con el tiempo comprendí que mi padre fue, a su modo, un buen hombre, y que me quiso, también a su modo, tosco y distante. Consiguió que permutaran mi condena por un trabajo social en un geriátrico de New Jersey, y ahí, donde se suponía que me estaba aguardando un castigo, comenzó mi vida.

Lo reconozco, hasta esos meses yo no había tenido que enfrentarme con tanta crudeza a la realidad de la vejez. En aquel lugar de paredes dolorosamente blancas todo tenía otro ritmo, e incluso el oxígeno parecía más fatigado, más denso y hostil. Los primeros días no pude evitar una profunda repulsión hacia el olor que emanaba de cada uno de sus rincones, el mismo que ahora brota de mi propia piel, y tardé semanas en no avergonzarme cuando tenía que explicar los motivos que me habían llevado hasta allí. Pensaba en las marchas, en mis antiguos compañeros y en sus ineludibles destinos como habitantes de celdas estrechas y húmedas, y me apresuraba a refugiarme entre las sombras, en aquellas tareas que eran evitadas por los demás auxiliares. Prefería limpiar los baños, poner alguna vía o cambiar pañales a tener que conversar con algún residente. Poco a poco, sin embargo, me fue adormeciendo la asepsia del lugar, poco a poco fue dejándome vencida por el calor vaporoso de la calefacción, por el sonido constante y metódico, como una marea lenta en un océano de plástico, de las suelas de nuestros zuecos. Conseguí enterrar los detalles más escabrosos de mi pasado en el fondo de mi conciencia y comencé a prestar mi tiempo y mi atención a los ancianos. Descubrí entonces que los hay, ya te darás cuenta, de dos tipos, aquellos que te miran con curiosidad infantil, casi infinita, con el secreto anhelo de apoderarse por unos segundos de ti, de tu juventud, de tu futuro intacto, de todo lo que desconoces y aún te resulta emocionante, y aquellos que no te miran, aunque posen sus ojos en ti, porque son ojos vacíos, abandonados a una especie de asombro y de perpetuo espanto. Alice pertenecía a este segundo grupo.

No reparé demasiado en ella hasta la segunda o tercera vez que me tocó hacer turno de noche. En una de mis rondas por el pasillo escuché un ruido minúsculo que provenía de su dormitorio, y entré a comprobar que todo estuviera en orden. Ella estaba de pie, a oscuras junto a la ventana abierta, concentrada en algo que sucedía al otro lado de la calle. Encendí la luz y, de pronto, como si fuera un lienzo de carne al que yo le acabara de cortar la soga que lo sostenía en vilo, Alice cayó de rodillas en el suelo. Corrí hacia ella, en su rostro se dibujaba la misma mueca de hastío que ponía frente a los platos de comida, el único gesto, de hecho, que yo le conocía hasta ese instante. Apagué la luz de nuevo para llevarla a la cama y entonces su gesto mutó repentinamente, entrecerró los párpados, apretó los labios perfilando en las comisuras un breve anticipo de una sonrisa, y empezó a susurrar algo que yo no logré entender.

-¿Qué? – le dije.

Ella se incorporó y se apoyó en el alféizar para continuar observando lo que ocurría más allá de nuestro edificio. La imité, esperando encontrar una escena realmente chocante, insólita, capaz de devolver la vida a una catatónica, pero siguiendo la dirección de su mirada tan sólo vi, en el enorme bloque de viviendas que se erguía frente al nuestro, una sábana tendida, una simple sábana, detrás de la cual se adivinaban, de vez en cuando, algunas siluetas humanas que iban y venían. Así estuvimos, contemplando aquel teatro de sombras, hasta que también allí la luz se apagó. Al desaparecer las figuras, Alice se giró y se encaminó hacia su cama, murmurando nuevamente. Cuando se hubo tapado con la manta, acerqué mi oreja a sus labios. En ese momento sí logré comprender lo que balbuceaba. Benditas clases de francés, me dije. *La Fée aux Choux* repetía Alice, una y otra vez.

-Sí, lo hace en ocasiones – dijo mi responsable cuando le conté lo que había ocurrido la jornada anterior -. Cosas de viejos – remató, negando con la cabeza y dejándome claro con un gesto en el que parecía usar los dedos de su mano derecha para palmotear una mosca imaginaria, que no tenía ningún interés en averiguar el motivo por el que Alice revivía de madrugada. Me resultó tan descorazonadora la actitud de aquella mujer que decidí investigar por mi cuenta y solicité que me dieran, a partir de aquella semana, el turno de noche todos los días.

No siempre había sábanas colgadas en el vecindario, y si las había no siempre estaban bañadas por una luz adecuada que nos permitiese ver lo que ocurría en el interior de algún domicilio, pero cuando ambos hechos se combinaban, inevitablemente Alice rescataba, quién sabe de dónde, la fuerza necesaria para ponerse en pie durante unos minutos junto a su ventana. Para mí, observar cómo aquella mujer, frágil y enferma de alzhéimer, revivía de repente y apretaba los puños o alzaba los brazos con la energía de una veinteañera, era el mayor de los espectáculos.

Sus hijos no solían visitarla, y no tuve la oportunidad de preguntarles directamente quién era su madre, por lo que yo aprovechaba las noches en las que no sucedía nada, para curiosear entre las cosas de Alice,

de ese modo, una fría madrugada de marzo, encontré bajo su ropa de verano un estuche en el que guardaba la Legión de Honor francesa, y leyendo la carta en la que se la informaba de la distinción me enteré de que su nombre era Alice Guy, no Alice Blaché, tal y como figuraba en los archivos de la residencia. Una condecoración de ese tipo no se le concede a cualquier ciudadano, por eso a la mañana siguiente, invadida por la excitación nerviosa de un explorador que estuviera a punto de pisar un territorio virgen, me dirigí a la Biblioteca Pública de Wayne. Podría decirte que estuve horas indagando en viejas revistas y legajos, pero en realidad me fue bastante fácil hallar información sobre Alice Guy. Aparecía en todas las enciclopedias, en un lugar destacado, entre los pioneros del cine. Había sido una directora muy reconocida en su época y, lo que es más importante, fue la primera en intuir todas las posibilidades narrativas de la imagen en movimiento. Ella inventó el cine de ficción, y tampoco habían pasado tantos años desde su última aparición pública, pero ya nadie la recordaba. Leí el título de su primera película: *La Fée aux Choux*.

Necesitaba verla y decirle que yo sí sabía quién era ella, aliviar su olvido de algún modo, consolarla, darle el aplauso que merecía. No pude esperar hasta mi turno y esa misma tarde fui a la residencia. Alice había empeorado gravemente durante el desayuno, y cuando llegué ya agonizaba.

-Yo me encargo – le dije a la enfermera que la cuidaba.

-¿Estás segura?

No respondí. No hizo falta que lo hiciese. Quien más quien menos, todos en el geriátrico sabían que yo tenía una relación especial con Alice, y la enfermera no puso ninguna objeción en salir del cuarto y dejarnos solas.

-Te conozco, Alice Guy – le dije, tomando sus manos entre las mías.

Griffith, Méliès, Eisenstein, aquellos que habían dado sentido al cine mudo, los creadores de una nueva industria, eran aún alabados y en muchos casos se habían convertido en sujetos de estudio, mientras tanto Alice Guy moría en un lecho minúsculo de un lugar apartado y anónimo. Sólo había una diferencia que la separaba de sus compañeros de generación: ella era mujer. Lo más extraño de todo es que durante su juventud Alice sí había sido muy bien valorada, tanto por el público como por los demás profesionales del

cine. Al reflexionar sobre ello tuve la impresión de que estábamos dando pasos hacia atrás, y toda la rabia que había intentado ocultar durante meses volvió a apoderarse con fuerza de mí.

-Yo te conozco, Alice Guy – le repetí al oído, y supe de pronto a qué iba a dedicar el resto de mi vida.

Sus hijos llegaron al anochecer, y Alice falleció un par de días más tarde. No hubo grandes palabras hacia ella en la prensa, no asistió nadie importante a su entierro, no se hizo un minuto de silencio a su nombre en ninguna parte.

Dos meses después estallaron las revueltas del mayo francés. Cuando vi a esos jóvenes de mi edad en los informativos de televisión, comprendí que en ellos, como en mí, latía con fuerza el espíritu de Alice Guy. Yo tuve que esperar hasta el otoño para terminar de cumplir mi condena. Entonces le pedí a mi padre, como favor final, que me pagara un billete de avión a París, y le hice prometer que nunca más me ayudaría.

En Europa trabajé de todo lo que puedas imaginar, hasta que, tras mucho esfuerzo y demasiadas concesiones por mi parte, logré dirigir mi primera película, y después la segunda, y la tercera, y la cuarta.

Como sabrás, me fue muy bien en mi carrera, obtuve algunos de los premios más importantes de la industria y, sin embargo, nunca conseguí encontrar ninguna productora interesada en contar la historia de Alice Guy, por eso me alegra tanto que su nombre haya vuelto a la luz en los últimos años. Y supongo que eso es lo que te quería decir, querida nieta, que te agradezco a ti y a tu generación todo lo que estáis haciendo y te pido, por favor, que no paréis de gritar, por todas las que no lo pudieron hacer, por todas a las que ya no nos queda voz. Gritad, seguid gritando. No os preocupéis si a veces molestáis, si resultáis incómodas, no os confiéis cuando os digan que ya no hace falta. Gritad, gritad, seguid gritando, hasta que por fin, de verdad, nos escuchen.